

Jesús y la mujer pecadoraRainer Sörgel

I. Introducción

Queridos hermanos y amigos,

La historia de la mujer pecadora en casa del fariseo Simón nos enseña que la vida humana puede ser una tragedia inexplicable. Lo trágico de la vida consiste en que el hombre fracasa precisamente en su más profundo intento de amar, lo cual hasta puede convertirle en un marginado de la sociedad. Pero esta historia también nos enseña que es precisamente éste hombre que recibe a Jesús como su abogado frente a una burguesía mojigata, llena de estereotipos, prejuicios y autosuficiente. En definitiva, es la historia de una mujer -para decirlo en palabras psicoanalíticas- que sufre un complejo de *angustia de culpa depresiva*, y que encuentra en Jesucristo por primera vez en su vida alguien que la entiende de verdad y le enseña que posee una dignidad propia, otorgada por Dios. En este sentido, también es una historia que sucede una y otra vez en el mundo que nos rodea.

II. De lo trágico en la vida humana

En un libro que leí este verano, el autor denuncia la evolución de la teología de la Iglesia, porque ignora en sus dogmas y reducciones morales y éticas el carácter de lo TRÁGICO de la vida humana. Por lo cual, en muchas ocasiones simplemente no hace justicia al hombre en su situación particular. Frente a esto, así argumenta el autor, no sólo estarían las tragedias griegas y los antiguos mitos -como expresión de lo trágico-, sino precisamente también las mismas narraciones bíblicas son las que no se cansan de hablarnos de lo trágico que puede ser nuestra existencia.

En resumidas cuentas, el autor dice que lo trágico de la vida humana tiene tres razones: En primer lugar, porque para vivir es ineludible ser culpable. Ya que todo hombre tiene que aniquilar vida animal o vegetal para alimentarse. En segundo lugar, existe una irreconciliable responsabilidad entre las demandas sociales de la convivencia y las responsabilidades privadas de cada individuo. Pero, en tercer lugar, el colmo de lo trágico hallamos en que una y otra vez podemos ver que el hombre, poseyendo los mejores motivos y teniendo la mejor voluntad, hace justo lo erróneo. Cuántas veces podemos ver en la historia

que alguien intente protegerse ante una determinada acción, pero pese a todo la comete al final como si algo le obligara a cometerla.

Es lo trágico que otorga a nuestra vida un carácter de fatalidad, lo que convierte nuestra historia en una comedia de enredo, y que a menudo nos obliga, en toda regla, al fracaso moral. El que comprende este dilema, comprende fácilmente que es imposible hacerle justicia al hombre con exigencias legales y morales. Es precisamente este conflicto moral-ético que encontramos en el trasfondo de nuestra historia de la mujer pecadora en casa del fariseo Simón.

III. Lo trágico en el caso de la "pecadora"

También en el caso de nuestra mujer "pecadora" encontramos lo *trágico* de la vida humana en forma de un *círculo diabólico*. La tragedia del círculo diabólico comienza con que aquella mujer desea de todo corazón amar y ser amado. Pero en su búsqueda por una persona a la que puede regalar todo su amor y de la cual sería amada a su vez, fracasa constantemente. La razón de ello está en que ella piensa que no sería digna de ser amada si no se echa al suelo y se humilla. Pero precisamente así se deshonra a sí misma, incitando a los demás de señalarla con el dedo. Su más ardiente deseo de amar y ser amado permanece insatisfecho, por lo cual su anhelo por amor se intensifica infinitamente, y la condena a cada vez más intentos fallidos. Por lo cual, la escena que presenciamos en la casa del fariseo Simón, donde se repite de nuevo este círculo diabólico, nos hace ver en una sola toma de imagen toda la tragedia y desesperación de su vida.

Aquella mujer, que de la sociedad sólo es identificada como "mujer pecadora", oye que Jesús estaba de visita en casa del fariseo Simón. Posiblemente había oído de alguna forma la fama de Jesús, que no tiene problemas de contacto con los llamados "pecadores", es más, los atrae como la luz las moscas. De la manera que, la mujer acude a Jesús, dispuesta a derramar todo su cariño y amor que es capaz de dar. Parece que Jesús representa para esa mujer algo como la última esperanza de salir del círculo diabólico. Se prepara su frasco de alabastro -símbolo de su amor- y acude a la casa del fariseo. Pero apenas entra en la casa, la situación se la va de la mano - como había ocurrido tantas veces. Como si fuera por fuerza mayor, la mujer incurre nuevamente en la estructura de conducta que hasta aquí ha marcado toda su vida. Quería encontrarse con Jesús, para encontrar un amigo, para amar y ser amado. Pero ahí estaba la gente con sus miradas sospechosas; ahí estaban aquellos que tantas veces la habían señalado - y Jesús en medio de ellos.

"Se puso detrás de Jesús" dice Lucas, para llora junto a sus pies. En lugar de ungir la cabeza - como se solía hacer - derrama su perfume sobre sus pies. Como para disculparse, como si tenía que humillarse nuevamente por su conducta, abre su cabello y le enjuga los pies. Todo este su comportamiento parece reivindicar ante el presente público el título que lleva la "mujer pecadora". ¡No se suelta el cabello en presencia de una cena de varones! ¡No se provoca una situación tan desagradable a un huésped! ¡Ante todo no se acude como *mujer pecadora* a tal convite! En fin, con todo lo que hace sólo demuestra una vez más lo que es: una prostituta, impertinente, desmesurada, un sujeto indignante. Ahí estaba, a los pies de Jesús. Nuevamente intentaba regalar su amor para ser amado. Y parece que nuevamente ha fracasado y no recibe sino unas miradas de menosprecio de parte de los presentes. Parece que nuevamente se cierra el círculo diabólico, que hasta aquí había determinado toda su vida. Toda la tragedia y verdad, que desde hace años rige su vida, se expresa de forma comprimida en esta escena en casa de Simón.

IV. La experiencia de ser comprendido y de ser aceptado

Ahora podemos ver cuál es la pregunta que nos plantea este texto y que pretende responder: ¿Cómo puede romper tal círculo diabólico? ¿Cómo se puede superar un complejo de *angustia de culpa depresiva*? ¿Cómo puede alguien que intenta desesperadamente amar y ser amado experimentar algo de salvación? ¿Cómo se puede superar el sentimiento latente de ser culpable por el mero hecho de vivir? ¿Y cómo es posible recuperar ante Dios y los demás la justificación y la verdad de su propia vida?

La respuesta a estas preguntas nos enseña Jesús con su conducta y enigmática parábola.

Por los presentes en casa de Simón, Jesús es prácticamente obligado a adoptar el papel del abogado. Simón es la figura que representa toda aquella sociedad burguesa que no puede ver en esta mujer nada más que a una prostituta impertinente. Él sirve de contraste. Mientras que Simón sólo tiene interés en salvaguardar su buena reputación y salir de esta situación vergonzosa lo antes posible, Jesús *entiende* aquella mujer, por lo cual reacciona con profunda comprensión. A Simón sólo le importan los intereses del colectivo, por los que está dispuesto a sacrificar el destino de esa mujer. Pero Jesús ve en la mujer ante todo un individuo, una persona que con sus necesidades y problemas ahora es más importante que la etiqueta.

V. La verdad del amor

Y precisamente porque Jesús no divisa en aquella mujer nada más que una desgracia, sino un ser humano que sufre bajo la tragedia de su vida, también entiende en lo que consiste la razón de la desdicha de la supuesta prostituta. Su enigmática palabra del amar y del perdón demuestra que Jesús ha comprendido que, en el fondo de todo, la mujer simplemente busca desesperadamente el amor. Quiere tener alguien al que pueda regalar su amor y por el cual a su vez sería amado. Tal como lo hizo con su perfume, que había derramado, no quiere nada más que esparcir su amor y ser feliz en ello.

Además de entender este su deseo más profundo, Jesús da a entender que, en ello la mujer es profundamente verdad. Es decir, ella tiene razón. Sólo amar y ser amado es lo que nos convierte en humanos. Por eso: amar es divino, es más, el mismo Dios *es* amor. "*Ama, y haz lo que quieras*" podía resumir Agustín de Hipona. Jesús reconoce que aquí hay algo muy grande en ella, algo de lo que todos los presentes prescinden. Por supuesto, la mujer se ha enredado con sus desesperados intentos de amar en todo un laberinto de fracasos y resignaciones. Pero esto no cambia el hecho de que, según Jesús, ella tiene la razón con su amor y es esto lo que la hace estar mucho más cerca de Dios que todos los demás.

VI. La humillación como extravío del amor

Jesús asimismo entiende que sus intentos de amar tenían que fracasar mientras que ella sufría un complejo de culpabilidad. Evidentemente, la mujer yerra si piensa que no merecería ser amada. Además se equivoca, cuando cree, que para merecer el amor del otro haría falta humillarse, echarse en el polvo, aguantar todo y quejarse nunca. Pero parece que el sentimiento de *sentirse-culpable*, y de *no-merecer-el-amor-del-otro* ya es demasiado fuerte como que consiga superarlo. De la manera que cada vez de nuevo se deshonor a sí misma y aparentemente da la razón a los que la marcan con sus dedos. De los cuales, tanto ayer como hoy, nunca faltan.

Tal *complejo de angustia de culpa depresiva* suele tener su raíces en las situaciones de infancia, cuando alguien ya desde niño se percibía nada más que una carga pesada para la familia y los demás. A lo mejor, la misma mujer, ella misma había sido hija de una prostituta que se quedaba embarazada sin quererlo.

VII. La dignidad y justificación del que ama

Jesús no sólo entiende en lo que reside la grandeza de la mujer y la razón de su desdicha, sino además indica cómo es posible ayudarlo. Hay que enseñarle a la mujer de que puede levantar

la cabeza. Precisamente porque en el fondo de su corazón no desea sino amar y ser amado, debe sentirse más cerca de Dios que todos aquellos que la denuncian y menosprecian. Ella quiere amar sinceramente - en ello es más veraz que los demás. Por eso posee desde Dios dignidad y justificación. Con palabra y gesto Jesús se lo da a entender y la defiende ante toda la sociedad presente.

De la manera que, frente a los habituales exhortaciones hacia la humildad, que a lo mejor en otro momento estarían indicados, aquí Jesús prácticamente invita la mujer a ser más presumida, a tener cierto orgullo, a desarrollar a partir de su confianza en Dios también una sana confianza en sí misma. Podríamos decir: Jesús prescribe a un enfermo de *complejo de angustia de culpa depresiva* una terapia que consiste en una buena porción de confianza en sí mismo desde la confianza en Dios, juntamente con una cierta dosis de egoísmo; sin lo cual jamás será posible romper tal círculo diabólico.

VIII. Final

Queridos hermanos y amigos,

Resumiendo quisiera decir, que nadie, que como esta mujer desea amar, necesita sufrir una mala conciencia, aunque fracase muchas veces en su vida.

Y como comunidad cristiana deberíamos oír la sutil crítica de Lucas, de que la Iglesia debería ser lugar de comprensión y aceptación y no de miradas sospechosas.

Para ello, Dios nos de su bendición.

Amén.